

El remedio sí fue mejor que la enfermedad

El pueblo de Israel, rompió el pacto que había hecho con Dios en el Sinaí, cuando optaron por fabricarse y erigir un becerro de oro, hecho por Aarón a petición del pueblo. Decidieron rendirle pleitesía, tomándolo como un objeto de adoración e idolatría, realizando en su honor, fiestas, bailes y celebraciones. Todo esto sucedió luego que vieron las maravillas de Dios, a través de las 10 plagas, la columna de fuego y la nube que los protegía y guiaba, el Mar Rojo dividido en dos, la provisión de agua y alimento, la demostración de poder y gloria en el Sinaí... la pregunta es... ¿qué les pasó?

Debido a que Moisés se demoraba, les entró la impaciencia o hasta el pánico por esa demostración descomunal de la gloria y poder de Dios... y como que no supieron cómo reaccionar ante esa ola de incertidumbre... o, mejor dicho, ante esa situación de confusión, se tomaron de lo que conocían y les daba una aparente seguridad... la idolatría pagana que aprendieron en Egipto. Israel convierte al becerro de oro en objeto de veneración, y de adoración... recordando, todas esas fiestas de la fertilidad, y sus derivados. Su correlación con la adoración al dios Apis, y, por ende, la referencia al becerro de oro. Pero también hubo un triste resultado. Una parte del pueblo, fue castigado y murieron; esa fue la consecuencia de la adoración a dioses extraños. Sin embargo, y tras ruego a Dios, este da una nueva oportunidad.

Y el resultado de todo esto lo encontramos en Éxodo 33:7-23: "...Moisés tomó el tabernáculo y lo plantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó «Tabernáculo de Reunión». Todo el que buscaba al Señor iba hasta el tabernáculo de reunión, el cual estaba fuera del campamento. Cada vez que Moisés iba al tabernáculo, todo el pueblo se levantaba y se quedaba de pie, a la entrada de su tienda, y seguían a Moisés con la mirada, hasta que él entraba en el tabernáculo. Al entrar Moisés en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se quedaba a la entrada del tabernáculo, y entonces el Señor hablaba con Moisés. Y cuando todo el pueblo veía la columna de nube a la entrada del tabernáculo, se levantaba cada uno e iba a la entrada de su tienda para adorar. Y el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero. Después Moisés, volvía al campamento, pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba del tabernáculo. Moisés le dijo entonces al Señor: «Mira, tú me has dicho: «Llévate de aquí a este pueblo»; pero no me has dicho a quién vas a enviar conmigo. Lejos de eso, insistes: «Yo te conozco. Sé quién eres, y te has ganado mi favor.» Ahora bien, si en verdad me he ganado tu favor, te ruego que me hagas saber qué planes tienes. Así sabré si en verdad me he ganado tu favor. ¡Toma en cuenta que esta gente es tu pueblo!» (RVC).

Y luego que evitó la destrucción de Israel, comienza el argumento de Moisés con Dios, porque no desea quedarse sin su apoyo para continuar con la conducción del pueblo, hacia Canaán. Leamos lo que sigue: "...Y el Señor le dijo: «Mi presencia irá contigo, y te haré descansar.» Pero Moisés respondió: «Si tú no vas a venir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Cómo vamos a saber tu pueblo y yo que en verdad me he ganado tu favor? ¡Lo sabremos solo si vienes con nosotros, y solo si tu pueblo y yo somos apartados de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra!»"

Moisés quiere su especial atención, su apoyo y diferenciación, frente al resto de otros pueblos paganos. Por eso Moisés, realmente desea la certeza de contar su apoyo tangible. Fíjate en lo que sucede a continuación. El caso es que ocurre un suceso trascendente... “...El Señor le dijo a Moisés: «Tan cierto es que te has ganado mi favor, y que te conozco por nombre, que voy a hacer lo que me has pedido.» Entonces Moisés dijo: «Te ruego que me muestres tu gloria.»”

La relación de Dios con Moisés es tan cercana y personal, que no duda en solicitar verle “face to face”, “cara a cara.” Es decir, le solicita que se le revele a él, a Moisés, y que directamente le asegure su compañía y protección continua, durante toda la conducción del camino a Canaán. Y el Señor le respondió: “«Voy a hacer que todo mi bien pase delante de ti, y delante de ti voy a proclamar mi nombre, que es EL SEÑOR. Porque soy misericordioso con quien quiero ser misericordioso, y soy clemente con quien quiero ser clemente.» El Señor dijo también: «Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede ver mi rostro y seguir viviendo.» Y añadió: «¡Mira! Aquí en la roca, junto a mí, hay un lugar. Quédate allí; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano mientras paso. Después de eso apartaré mi mano, y podrás ver mis espaldas, pero no mi rostro.» (RVC).

La Palabra de Dios es verdaderamente sorprendente. Moisés, quien tiene claro su propósito, y entiende cuál es el fundamento último de nuestra vida, busca a Dios, intercediendo y buscando el perdón y su rostro... presentándose ante la tienda “del encuentro”. Sí, así es; él busca al Señor. Josué, su siervo, sabe lo que realmente es importante y no se aparta de la tienda, a la entrada del tabernáculo. Entonces Dios se manifiesta a Moisés, y en ese momento, éste le comunica o le expresa, que no puede ir a ninguna parte sin su presencia. No le es posible dar un paso adelante ni hacer nada, si Jehová Dios no está presente en su vida. En resumidas cuentas, para Moisés, Dios, era el objetivo último y principal de su vida.

Para un ambiente tan secularizado como el nuestro suena extraño que alguien tenga a Dios como lo primordial y verdaderamente relevante. El objetivo absoluto de su vida. Efectivamente, así era con Moisés. Él quería establecer una comunión “mayor” con el Dios todopoderoso. Él quería conocer a Dios y en este momento, el deseo de su corazón se manifiesta; ante el horrible episodio del becerro de oro, dando lugar a la expresión más particular y especial de Dios, en la vida del gran Moisés. Y entonces, Dios le dice que le permitirá conocerlo, hasta cierto punto, hasta donde le fuera posible soportarlo en su humanidad sin ser consumido con la gloria de Dios. ¡Moisés podría ver la espalda de Dios!

Y ante esta nueva situación, Dios, en su bondad y misericordia, renueva, asimismo, el pacto que el pueblo había quebrantado al pie del Sinaí. El sigue siendo fiel, aun cuando el pueblo no correspondió al acuerdo ni honró sus compromisos de fidelidad. Antes bien, el pueblo siguió sus propios deseos y se fue a adorar a otros “dioses” unos dioses de piedra, madera y/o de figuras extrañas. Una verdadera reminiscencia de las religiones egipcias tras esa elección. Como consecuencia de eso, en el capítulo 34, veremos la aparición de “Las Nuevas Tablas de la Ley”, porque las anteriores,

Moisés las había roto, lleno de ira, por causa del pecado del pueblo, a los pies del monte Sinaí.

Cuando las nuevas tablas están terminadas, el texto bíblico en estudio, en el verso 34:5-9, nos relata un suceso trascendente, que seguidamente les compartimos. “...Y el Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando su nombre. Luego el Señor pasó delante de Moisés, y proclamó: «¡EL SEÑOR! ¡EL SEÑOR! ¡Dios misericordioso y clemente! ¡Lento para la ira, y grande en misericordia y verdad! ¡Es misericordioso por mil generaciones! ¡Perdona la maldad, la rebelión y el pecado, pero de ningún modo declara inocente al malvado! ¡Castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación!» Con gran rapidez Moisés bajó la cabeza hacia el suelo, y adoró. Luego dijo: «Señor, si me he ganado tu favor, quédate en medio de nosotros. Este es un pueblo de dura cerviz, así que perdona nuestra maldad y nuestro pecado, ¡y recíbenos como tu pueblo!»” (RVC).

Por lo que observamos, vemos que el remedio... ¡Sí! Fue mejor que la enfermedad. El gran fracaso, dio lugar a una renovación extraordinaria, del pacto. Algunas palabras son claves aquí, misericordia, por ejemplo, y perdón también. Gracias a Dios, por el poder divino que consigue sobrepasar nuestras debilidades y fragilidades y construir de manera mucho más especial, aquello que nosotros, ni siquiera podríamos imaginar. Luego enfatiza otro aspecto en Éxodo 34:10-14, donde Dios enuncia, lineamientos de conducta, para evitar que el pueblo de Israel, cayera nuevamente en prácticas idólatras y debiendo rechazar la convivencia con otros pueblos paganos y sus prácticas, que eventualmente, los inclinasen en esa dirección incorrecta. Dice: “...El Señor contestó: «Mira, yo hago un pacto delante de todo tu pueblo. Voy a realizar maravillas nunca antes vistas en toda la tierra, ni en nación alguna. Todo el pueblo, en medio del cual tú estás, verá las obras tan sorprendentes que yo, el Señor, haré contigo. Tú cumple lo que hoy te mando. Verás que voy a echar de tu presencia a los amorreos y cananeos, y a los hititas, ferezeos, jivitas y jebuseos. Pero ten cuidado. No hagas alianzas con los habitantes de la tierra a la que vas a entrar, para que no te sean un tropiezo. Ustedes derribarán sus altares y harán pedazos sus estatuas y sus imágenes de Asera. De ninguna manera te inclinarás ante ningún otro dios, porque yo, el Señor, soy un Dios celoso. Mi nombre es “Dios celoso...”” (RVC).

Y así, bajo lineamientos y requerimientos más específicos, con condiciones y disposiciones concretas, el pacto es renovado y las tablas de la ley son reescritas nuevamente. Y el texto termina en el capítulo 34, con palabras extraordinarias que seguramente no solo bendecirán nuestro corazón, sino que harán que ¡El remedio sea mucho mejor que la enfermedad! Y el texto a partir del verso 34:27-35, nos continúa relatando lo siguiente: “...El Señor le dijo a Moisés: «Pon estas palabras por escrito, porque el pacto que he hecho contigo y con Israel tiene como base estas palabras. Y Moisés estuvo allí, con el Señor, cuarenta días y cuarenta noches. No comió pan, ni bebió agua, pero sí escribió en las tablas de piedra las palabras del pacto, es decir, los diez mandamientos. Y sucedió que, cuando Moisés bajó del monte Sinaí, con las dos tablas del testimonio en su mano, no sabía que, después de haber hablado con Dios, la tez de su rostro resplandecía. Aarón y todos los hijos

de Israel miraron a Moisés, y vieron que la piel de su rostro resplandecía, así que tuvieron miedo de acercarse a él. Pero Moisés los llamó, y cuando Aarón y todos los príncipes de la congregación regresaron, Moisés les habló. Después se acercaron todos los hijos de Israel, y Moisés les ordenó cumplir con todo lo que el Señor le había dicho en el monte Sinaí. Y cuando Moisés terminó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro. Cuando Moisés se presentaba ante el Señor para hablar con él, se quitaba el velo mientras estaba adentro, y al salir les comunicaba a los hijos de Israel lo que el Señor le había ordenado. Al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro resplandecía; pero Moisés volvía a cubrir su rostro con un velo, hasta que entraba de nuevo a hablar con Dios.” (RVC).

¡Cuántas demostraciones de poder y presencia de Dios de una manera tangibles para esa generación! Gracias a Dios por el tremendo poder y su gran soberanía y sabiduría, que actúa de una manera tan extraordinaria, pues nuestro Dios y Señor, tiene el poder de transformar nuestros fallos, de manera extraordinaria. Así renovó también el pacto con el pueblo de Israel; o, mejor dicho, rescribe una historia de relaciones, sobre la base de la fidelidad y del nuevo sometimiento a su voluntad. Dios, es maravilloso y amoroso con nosotros, sus hijos, su pueblo, apuntando al nuevo pueblo que estaba formando en la historia, su iglesia.

El nuevo pueblo de Cristo es la iglesia y Dios lo viene formando desde la antigüedad en esa historia de la redención. En aquel momento parecía que no había esperanza para el pueblo que había pecado. Pero Dios, con su poder y bondad, no solo perdona, sino que manifiesta su gloria y su poder ante Moisés, marcando su vida y renovando su pacto con el pueblo de Israel, porque Él es un Dios bondadoso. Él es muy misericordioso y se complace en perdonar.